

LA ESPAÑA REAL PUNTOS SUSPENSIVOS

QUIERO terminar estas meditaciones españolas que, naturalmente, no pueden concluir con unas consideraciones programáticas o, si se prefiere, proyectivas. La vida humana —individual o social, tanto da— se hace hacia adelante. Toda consideración estática es ya un error. La más exacta descripción del presente es falsa si no anticipa el porvenir de que está grávido. Por eso he procurado que mis análisis de lo que en España ha pasado y está pasando incluyan un hilo de futuriación.

Lo que más dificulta la comprensión de lo humano es la falta de imaginación. Esto se ve claramente en la literatura de anticipación o eso que se llama «ciencia-ficción»; en la mayoría de los casos, por pobreza imaginativa, se toman algunos rasgos del presente, se los prolonga y exagera, y se da eso como el futuro. En el pensamiento que pretende ser científico, ocurre lo mismo, y casi todos los augurios sobre los fieros males que amenazan al hombre se fundan en la incapacidad de imaginar nada nuevo, nada que no esté ya ahí.

A esta falta de imaginación puede añadirse el temor, tan paralizante. Los españoles, que suelen ser bastante impávidos cuando se trata de peligros reales, son tímidos frente a los peligros difusos y vagos, sobre todo cuando se refieren a un futuro incierto. Si se repasa lo que se ha escrito en España desde hace cuarenta años, se ve que —salvo excepciones contadas, que algún día constarán en las mentes de los que entonces vivían— ha estado perturbado por una serie de temores. Primero, claro es, en la guerra —y el temor no se refería sólo al adversario bélico, por supuesto—; después, y justificadamente, había el temor a la represión; más adelante, al Poder como tal, a su prepotencia; pero desde muy pronto se ha ido aliando a estos temores otro, menos definido «al futuro», a las consecuencias que pueda tener lo que se hace o dice. Los españoles viven amenazados por una constelación de posibles represalias, que van de las más inmediatas y reales a las hipotéticas —de varias hipótesis—. Pero así no se puede vivir; sobre todo, no se puede pensar, no se pueden ver las cosas claras. Casi todo el mundo, antes de empezar a escribir, piensa a quién le va a molestar, desde el Poder hasta a innumerables grupos de lo que se llama «oposición» (sin olvidar a los amigos). Así no se puede escribir, lo que se puede llamar de verdad escribir. Además, creo que hay que molestar a casi todo el mundo cuando se pretende decir la verdad, en situaciones en que la verdad está tan acosada y perseguida. Es posible que un día lo agradezcan esos mismos que se sintieron molestos; quizá reconozcan que se los molestaba en nombre de ellos mismos, de su posi-

ble plenitud, de su salud histórica. Pero, por supuesto, tampoco puede contarse con esa gratitud improbable. Si ha de temerse algo, yo propondría sustituir el temor servil por el temor de Dios, que es el comienzo de la sabiduría; en términos intelectuales, el sacro temor a faltar a la verdad.

A este temor vienen a unirse diversos rencores, en los que valdría la pena detenerse, pero quizá no sea sano, porque no conviene hurgar en las llagas; es preferible dejarlas reposar, olvidadas, confiar en que el aire libre y el sol las cicatricen, cuando se salga de los espacios confinados. Con motivo o pretexto del desagrado inspirado por la «España oficial» o ciertos aspectos suyos o que se le atribuyen, se ha llegado a promover un amplio y quizá fingido desdén por la España real, que en los muy jóvenes puede prender sinceramente, que en muchos casos reviste la forma de cruda hostilidad. Se ha mantenido interesadamente la imagen de una España explosiva, intratable, expuesta a todas las demencias, a la que no se puede dejar en libertad porque se despeña en el caos y la anarquía. Son muchos, y de muy diversos campos, los que han contribuido a la difusión y consolidación de esta imagen.

La consecuencia ha sido paralizadora. Son muchos los españoles que han reducido sus aspiraciones a que en España no se haga una barbaridad. Nada más peligroso: si no hay más proyecto nacional que evitar una barbaridad, acabará por hacerse.

Sería menester que los españoles dejaran de una vez de actuar como provincianos. Convendría que se enteraran de cuántas cosas que creen exclusivas de nuestro país —en bien o en mal, sobre todo en mal— son comunes a muchos o a casi todos. Sería bueno que se informaran de cómo se resuelven los problemas en los países que les parezcan superiores —o cómo no se resuelven—. No sería malo que repasaran las excelencias que tiene —quizá no en exclusiva, a veces sí— la vida española, sobre todo la vida cotidiana; que enumerasen en silencio los factores de felicidad que encuentran en su circunstancia inmediata, que en otras partes no se hallan, que se pueden fácilmente comprometer y perder.

No sería mucho pedir que reflexionasen alguna vez sobre lo que ha significado como forma original de convivencia este país que llamamos España; que tuviesen presente lo que es la pertenencia a un mundo —un efectivo mundo, no un rótulo— definido por rasgos, usos, intereses en gran parte comunes, en

que se habla la misma lengua, donde la comprensión es inmediata, en el cual no se siente uno extranjero, cuyos libros son propios, donde se leen los nuestros.

Frente a la tendenciosa interpretación de España como país explosivo y sangriento, siempre dispuesto a desgarrarse en feroces guerras civiles o revoluciones, al que, por tanto, hay que atar corto y llevar con bozal, deberían los españoles recordar que su historia es de las menos violentas de Europa, que se han matado entre sí mucho menos que los franceses, italianos, alemanes, centroeuropeos, rusos y —hasta fines del siglo XVII— ingleses. Que el siglo XVIII entero, desde el final de la Guerra de Sucesión —que fue una guerra internacional— hasta el comienzo de la Guerra de la Independencia —que también lo fue—, es decir, de 1713 a 1808, fue un siglo blanco, el más pacífico de Europa, sin guerras, revoluciones, persecuciones, emigraciones forzadas (sin más excepción que la de los jesuitas en 1767).

Asqueados por los que proclaman que somos «ejemplo del mundo» y que damos lecciones políticas a toda la humanidad, son muchos los españoles que no se enteran de cuántas cosas españolas —pasadas y presentes— son estimadas y admiradas, estudiadas o traducidas, adoptadas o imitadas, a pesar de la doble «antipropaganda» —la oficial y la que quiere serlo— de que es objeto casi todo lo valioso. Y prefiero, por lo que antes dije de no hurgar en las llagas, no documentar esta última afirmación.

Me parece esencial, y urgente, despertar la ambición española. No podemos entrar en el futuro próximo, en el que históricamente, y sean cualesquiera las anécdotas, va a iniciarse desde 1976, con el único programa negativo de no cometer una atrocidad. Tenemos que tomar posesión íntegra de nuestra realidad y llevarla a su plenitud, articularla en una serie de proyectos coherentes, tratando de buscar cuál es nuestro destino; es decir, qué función nos corresponde en el mundo concreto en que vivimos, en la Europa a que pertenecemos, en el mundo hispánico del que somos la raíz y la clave de unidad, en Occidente, que es nuestro horizonte histórico efectivo. Bastará con ello para que, al recordar esta España real, no haya que preguntarse dentro de un par de siglos por «la España que pudo ser».

Julian MARIAS

OFERTA DE BRAZOS LOS TRABAJOS Y LOS AÑOS

LA dificultad que para un hombre relativamente «mayor» supone encontrar trabajo es, hoy día, evidente, y el tema ha sido objeto de comentarios patéticos. En los azares del mercado de mano de obra, resulta casi inevitable que el primero en quedarse sin jornal sea el obrero entrado en años. Se entiende: a partir de los cuarenta o poco más. Pongamos los cincuenta, que todavía es una edad en que una persona sana está en condiciones de cumplir su oficio. Y un parado cincuentón ya no halla quien le emplee. Las empresas prefieren a los jóvenes: son más ágiles, más resistentes, más rentables. La cosa entra en la lógica despiadada de nuestra sociedad. Y no hará falta echarle énfasis a las consecuencias. De la noche a la mañana, muchos hogares se ven sin un salario, quizá modesto, incluso miserable, pero que constituía un ingreso sustancial para la supervivencia familiar. Con un agravante angustioso: el individuo afectado, sintiéndose en la plenitud de sus fuerzas, o por lo menos no sintiéndose viejo y acabado, ha de experimentar necesariamente la impresión de una frustración amarga. Se descubre «inservible». O le declaran «inservible», que aún es peor. Al riesgo de la indignidad se suma esta especie de desdén efíctivo. Si hay suerte, consigue una plaza «inferior» a lo que él estima sus posibilidades y su dignidad profesional. De ahí no pasa. Frente a la competencia de los muchachos «agresivos», abundantes y ambiciosos, sus posibilidades se evaporan.

Esto es archisabido. En unos países el fenómeno presenta más gravedad que en otros, pero es general, y con la propensión a acentuarse. Las causas deben de ser complejas y apañadas: yo soy lego en la materia, y no me meteré en el río de puntualizarlas. No cabe duda, sin embargo, que el desarrollo de la tecnología, en su aplicación industrial, provoca intensos desajustes

en ritmo creciente, respecto a los llamados «puestos de trabajo». Y además, está todo eso de la crisis. Y otras cosas, supongo. Entre las cuales una ha de pesar mucho: la cantidad de gente que llena el planeta. Cada día somos más: más a comer, más a trabajar, o a no trabajar y a no comer. El señor Puigblanch, de Mataró, hace siglo y medio, aproximadamente, ya se refería a ello con una frase encantadora: «Como estos pecados nacen de un excesivo amor a la propagación de la especie...» Dejémos a un lado lo de los pecados: el «amor a la propagación de la especie» sigue siendo excesivo. A pesar de las píldoras, los abortos y los televisores. La oferta de «brazos» tiene que resultar, en resumidas cuentas, abrumadora. El neocapitalismo, que sabe lo que se hace, ha inventado ya mil trucos para absorberla. Con todo y con eso, el saldo de desocupación es alarmante. En las zonas discretamente evolucionadas, así ocurre. Las tasas de reproducción se elevan, las de defunción disminuyen: alguien se ha de quedar sin opción regular de «ganarse la vida», porque la economía, mientras tanto, tampoco puede cubrir tanta necesidad.

Ultimamente, las protestas surgen desde la esquina opuesta. No son sólo las «personas mayores» los que no pueden trabajar como Dios manda. Mejor dicho: para ellas, siempre habrá una conserjería, una vigilancia nocturna, un cualquier lugar subalterno que no exija demasiada responsabilidad. Pero ¿y los chicos? Conyugal o extraconyugalmente, «la propagación de la especie» cunde. Y, claro está, los bebés se hacen grandes, toman la primera comunión, cumplen el servicio militar, y, en efecto, ingresan en la masa de los aspirantes al empleo. Las Administraciones acostumbran a paliar el drama con la demagogia de la enseñanza: unas veces obligatoria, y otras veces tentadora. La idea, en el

fondo, consiste en que los jóvenes pasen el máximo de tiempo razonable entretenidos en «estudiar». Ignoro si con este trámite los jóvenes terminan «sabiendo» mucho o poco. Da lo mismo. Ellos y sus padres caen en la ilusión de que sí, y que la presunta «sabiduría» adquirida en las instituciones públicas pertinentes les valdrá para medrar «el día de mañana» en la jungla de las oficinas, las fábricas o las cátedras. Es posible que el argumento sea justo. De todos modos, la operación no engaña a nadie: está proyectada para retener una avalancha de «mano de obra» urgente y voraz. Ni siquiera me extrañaría que, en parte, la curiosa «politización» de los chavales académicos no venga inducida por malignas cautelas laborales. Tal vez poco de desconfiado. «Cada cual es como Dios le hizo, y a veces, peor», decía Sancho.

El caso es que van estallando, particularmente en la Europa mercantil, reclamaciones de jóvenes que no tienen trabajo. Si torvo es el problema del quinquagenario «sin-trabajo», no lo es menos el del fulano recientemente núbil —y ustedes perdonen la forma cursi de señalar—, ganso de emanciparse de la patria potestad, ávido de acostarse con su novia y no furtivamente, con el pequeño deseo de poseer su cochecito y de disfrutar de sus «vacances pagadas». Es otro drama en el aire. Los «hijos de papá», acomodados, no cuentan, por descontado. La multitud subalterna, cubierta la etapa veinteañera, plantea su solicitud: un lugar en el sol, o un lugar en el suelo. Y no hay sueldos para tantos. Han pasado por las escuelas codificadas y dispondrán del diploma oportuno que certifique su capacidad teórica o práctica. Pero tropiezan con un horizonte reducido de salidas. Los hornos no están para tantos bollos como son los imprescindibles. De momento, los arreglos funcionan. Es una solución provisional. Pero no

se ve un futuro claro. A medida que corra el tiempo, la multiplicación de los jóvenes —que, a su vez, inocentemente, se multiplican— será abracadabrante. Habrá más viejos, porque con la farmacia de turno, los viejos tardan en morir: no es la primera vez que evoco lo que me decía un ilustre amigo, respecto a la influencia «nociva» de la penicilina sobre los consejos de administración, al prolongar la voz y el voto de los consejeros ancianos...

Otro punto a considerar es la afición a la burocracia estatal: los innumerables «cuerpos» que cobran del presupuesto. El Estado es —alguien sugirió la fórmula— «el capital paralelo». ¡Y tanto! En Francia, sin ir más lejos, unos cálculos módicos y bastante fidedignos sostienen que una cuarta parte de la población activa cobra de la Administración, y no incluyen en el recuento las sanguijuelas de la Administración. La cucaracha es obvia. El número de los que no alcanzan posiciones insignes es infinito: como el número de los que se salvan, según el dominio Getino. Por cada uno de los que sobresalen habrá cincuenta, cien, doscientos, sobrecogidos: miles. Tal como se plantea el asunto del trabajo, todo cristo es «prematurado»: los «ancianos prematuros» —que no lo son—, por un lado; y los jóvenes, «prematurados» por definición, por el otro. Sólo los de en medio, los «cuadros» de los veinticinco a los cuarenta, están bien vistos. Y los peones homólogos. La «edad», en todos los ramos, es un factor decisivo: las arterias, tiernas en una hipótesis, endurecidas en la contraria. Es una manera de decir... En todo caso, los demasiado jóvenes y los demasiado —o no tanto— viejos, no siempre logran un «puesto de trabajo». Nunca se sabe, por cierto. Pero...

Joan FUSTER

CUIDADO CON SU CABELLO

¿Se le cae el cabello? ¿Padece de seborrea, caspa, picores u otras anomalías del cuero cabelludo? Si este es su caso visítenos cuando quiera y Vd. será una persona más de las que ya se están realmente beneficiando con la aplicación de nuestro eficaz y sorprendente método contra la caída del cabello. Garantizamos nuestros éxitos e indicamos el tratamiento adecuado a seguir a las personas que residen fuera de Barcelona.

INSTITUTO MEDICO CAPILAR BARCELONA
c/ Muntaner, 81 4º 2ª • Tels. 254 44 20 - 254 36 45
Horario Visitas: De 10 a 14 h. y de 16 a 20'30 h. APARCAMIENTO GRATUITO
Director Médico: Dr. Guillermo Batlle Meler. Cgdo. 5.945 C.S.P. n.º 4-M.

comercial balmes

Balmes, 254 - Tels. 228 19 76 - 228 28 18 - 228 23 73 - Barcelona (6)

- UNA LINTERNA PARA SIEMPRE FLUORESCENTE DE 8 W. SAFARI-LITE
- PURIFICADORES DE AGUA
- EQUIPOS DE ALUMBRADO DE EMERGENCIA FLEAPS

ARREGLO ROPA DE VESTIR

DE SEÑORAS Y CABALLEROS

Coloca cremalleras, alarga, acorta, zurce, moderniza, etc. • CITY SERVICE
c/ Mallorca, 180 A (Jto. Muntaner)
c/ Muntaner, 570 (Jto. Pza. Bonanova)
y c/ Lepanto, 309 (Jto. Avda. Gaudí)
En Tarragona: Avda. Navarra, 62
"Recorteme y guardeme"

SE stylform española S.A. LE OFRECE:

Más espacio útil para su establecimiento!

- Estantería modular en Plasting
- Mostrador refrigerico
- Frigorífico mural de conservación
- Mueble caja con o sin cinta transportadora
- Carro supermercado

Antes de reformar o instalar su negocio... llámenos.
Córcega 109 Tel. 321 37 31. BARCELONA-15

Parking propio en el mismo edificio.

SE stylform Sinónimo de calidad, técnica y línea de vanguardia.